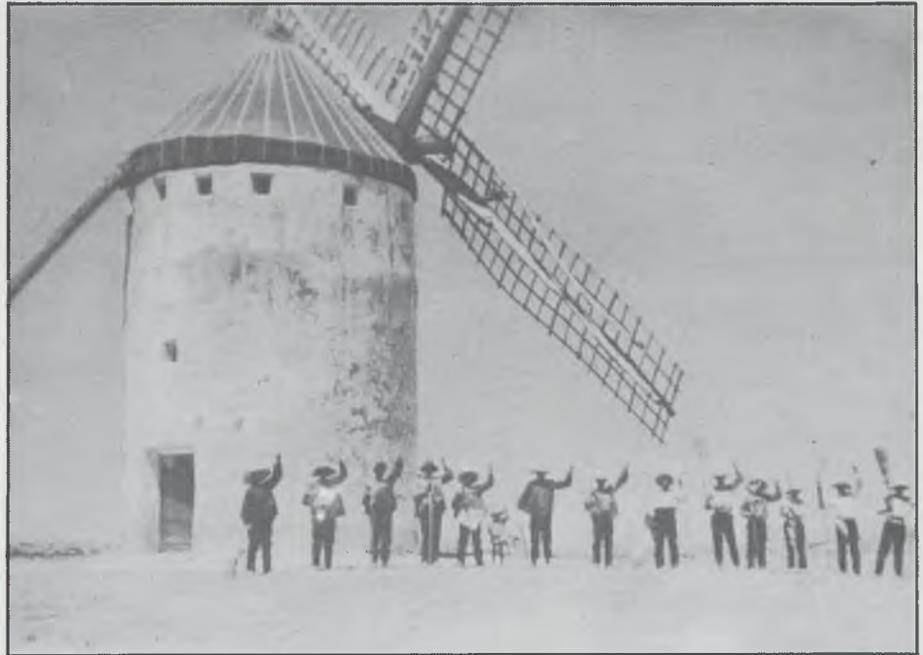


La Mancha ha sido siempre una tierra llena de turbulencias y, a la vez, una tierra de meditación y sosiego; tierra de pan llevar, de vino-cristal dorado o tinto, tierra, hoy, en plena orgía frutal y también reseca por un sol abrasador que quema las raíces y que actúa como un alquimista que a fuerza de calor intenta desentrañar su misterio. En este campo de Ciudad Real y, a pocas leguas, se asentó Calatrava, una Orden religioso-militar que dominó gran parte del territorio. Por otro lado, la Orden de Santiago con cabecera en Uclés que se extendería ocupando el campo de Montiel y la de San Juan que abrazó las tierras llanas del priorato: Alcázar-Consuegra irradiando su influencia en la comarca. Lo cierto es que las Ordenes Militares dominaron durante siglos este territorio y establecieron su hegemonía, no solo en lo militar sino en lo civil y religioso. Su influencia se ha hecho notar, pues el espíritu de lucha y de trabajo han hecho del hombre de La Mancha un protagonista de dramas, guerras y revoluciones de las que siempre salió mal parado.

Cervantes ha sabido captar, como nadie, el alma de estos hombres; su carácter serio y reflexivo, su pensamiento estóico, su acercamiento a los valores trascendentes; su concelebración del amor con la tierra y el cielo, le han hecho docto en el amor y la muerte, haciendo de ello su norte para redimir a los humanos. En su libro inmortal "don Quijote" resuelve los grandes temas del hombre, señala los caminos de la convivencia obligándonos a deshechar la vanidad, la hipocresía y la mentira. Creó los personajes como don Quijote y Sancho para que ellos fueran los mensajeros de esa lírica del amor, llevándola a todos y cada uno de los manchegos de todos los tiempos.

Con este bagaje, el hombre de La Mancha ha andado por la Historia y la ha hecho posible debido a su empeño de acreditar su eficiencia, su necesidad de crear y de ser protagonista de su propio destino.

En la Guerra Civil de 1936, el hombre de La Mancha puso a prueba su valor y su desencanto; actuó, unas veces equivocado, otras movido por las pasiones, y otras ejemplarizando con su abnegación y sacrificio, fiel a tradiciones seculares y lleno de fervor por ideas patrias.



Campeñinos manchegos al pie de uno de los molinos saludando puño en alto.

Un cronista de Ciudad Real escribía así de aquellos momentos preliminares:

"Había pasado la provincia por un largo sopor, una de esas paces octavianas que en España son tan poco frecuentes y que va desde la terminación de la guerra carlista, en 1875, hasta casi el final de la monarquía de Alfonso XIII. Enmohecidas en las panoplias de los museos las adargas de los caballeros andantes y las espadas de los maestros de las Ordenes, sólo se esgrimía, como arma de combate, para dirimir las rivalidades de los pueblos, la papeleta del voto. Aunque incruento, este género de lucha mantenía vivos los odios. Los campesinos de la tierra ondulada de vides y de trigo defendían o atacaban a don Rafael Gasset, que se titulaba liberal y quería que se regase el campo, o al marqués de Casa Treviño, que era el portaestandarte conservador. Política extremista no existía casi. En Almadén, trabajada por Alejandro Lerroux durante su propaganda radical, se había constituido un núcleo de republicanos entre los obreros de las minas de mercurio. Estos republicanos reducían su actividad a una oposición protocolaria y retórica, sin alcance social. Algunos, laboraban desde sus logias.

Pero cuando cayó la Monarquía, los viejos posos estancados se agitaron de nuevo. Nadie podía sospechar que estos pueblos de tradición caballeresca y legendaria, en los que estaban vivos los vestigios de la Edad Media y algunos de los cuales, como Santa Cruz de Mudela, frecuentaba, complacido, Alfonso XIII, contuviesen tantos radicales socialistas, tantos socialistas y sindicalistas en embrión como aparecieron de improviso, ni que estuviesen tan bien abonados para la monstruosa floración de Ateneos libertarios y de Casas del Pueblo que surgieron en todas partes.

La Mancha ha sido siempre una tierra plena de turbulencias y, a la vez, una tierra de meditación y sosiego.

Fue como un polvorín en el que cayera una chispa. El germen de la combustión vino de fuera, llevado por el viento, y se esparció como una nube de langosta. Se vio llegar a aventureros que se adueñaban de las muchedumbres. Uno de los más representativos de estos apóstoles de la violencia fue Antonio Cabrera Toba, manchego de origen oscuro, nacido en Almadén, que se expatrió casi de niño y pasó parte de su vida en Francia, de donde llegó a Ciudad Real cuando la Monarquía se cuarteaba, para predicar la revolución. Sujeto de vida equívoca, se titulaba pomposamente "técnico de publicidad". El fue quien al proclamarse la República en la capital de la provincia asaltó la Diputación y dió en el despacho de su Presidente la media de su furor iconoclasta decapitando un retrato de don Alfonso XIII."